

AMÉRICA LATINA EN EL NUEVO MILENIO: ¿CAMBIO DE TENDENCIA?

David Hidalgo Rodríguez

Universidad de Salamanca, Spain. E-mail: anutfor@hotmail.com

Recibido: 3 Mayo 2006 / Revisado: 1 Junio 2006 / Aceptado: 5 Junio 2006 / Publicación Online: 15 Octubre 2006

Resumen: El presente trabajo analiza el “cambio de tendencia” acontecido en América Latina como último episodio dentro de un proceso más amplio de doble tránsito, político y económico, sufrido por el subcontinente desde, aproximadamente, finales de los años setenta – principios de los ochenta. La historia del tiempo presente ofrece a través de una perspectiva autónoma que, se deslinda de las reflexiones politológicas y economicistas habituales en estos casos, una visión que cuestiona no sólo la realidad actual del área sino, más allá de tan pretencioso objetivo, todas aquellas visiones o miradas que la constituyen y sustentan generalmente desde otros centros intelectuales. En definitiva, el presente trabajo pretende abrir una puerta hacia la reflexión sobre algunos aspectos básicos de la historia reciente latinoamericana, en función del análisis de su desarrollo político inmediato. Desarrollo que, gracias a la propuesta sugerida desde la mencionada perspectiva, valora críticamente su significado a la luz de una transición hacia diferentes formas democráticas todavía en periodo de consolidación y normalización, a su vez en estrecha relación con la reubicación, también dentro de distintas vías, al seno del mercado internacional.

Palabras Clave: América Latina, globalización, transformaciones políticas y sociales, nuevo populares, crisis económica.

1. A PROPÓSITO DEL “CAMBIO DE TENDENCIA”

Comencemos recordando, planteándonos, qué es eso del cambio de tendencia del que se está hablando tanto para referirse a la realidad latinoamericana de las últimas fechas.

Bien, con el concepto cambio de tendencia se alude, básicamente, a la llegada al poder de gobiernos más o menos situados en el centro-izquierda o, si se prefiere, en la izquierda (con las diferentes formas que en cada país registra esta opción), a través de su victoria en las urnas y dentro de los cauces democráticos en diversas naciones latinoamericanas. Chile, quizás primera expresión sólida de este movimiento y, verdadero referente para el resto de las siguientes, inauguró con el gobierno socialista de Ricardo Lagos el mencionado viraje. Más tarde siguieron un camino semejante dos de los gigantes más importantes del Cono Sur: Brasil y Argentina. El primero gracias a la irrupción del PT articulado en torno al carismático liderazgo de Ignacio Luis da Silva, Lula. El segundo vía una “nueva” fórmula peronista, en este caso, encarnada por Néstor Kirchner, quien por cierto en los últimos días parece haber emprendido una “cruzada” contra un pasado autoritario cuya brutalidad nunca podrá ser lo suficientemente destacada. Brutalidad igualmente sufrida por su vecino, el Uruguay, quien también ha registrado la conquista de la presidencia de la República por parte del Frente Amplio, en cuya cabeza se sitúa el doctor Tabaré Vázquez. Finalmente Bolivia, puerta a la contrafaz del mencionado movimiento, aquella que junto a Evo Morales representan Hugo Chavez en Venezuela y el líder honorífico del tridente extremista dentro de aquél, el perpetuo Fidel Castro desde la Cuba socialista¹.

Aunque existen diferencias en cuanto a la materialización de este cambio inmediato que parece haber modificado enteramente la realidad política del subcontinente, puede afirmarse a grandes rasgos que está protagonizando los primeros pasos de la región durante los inicios del nuevo milenio. De momento, ha sido

recibido con una mezcla de optimismo esperanzado y eclecticismo, rasgos ambos latentes en el seno de una sociedad acostumbrada a sufrir perpetuamente los giros de su errática vida política, históricamente protagonizada por sujetos o colectivos muy poco preocupados del bienestar general. Lo que sí es seguro es que, el controvertido cambio de tendencia, ha servido con toda seguridad para que el gran hermano del Norte vuelva a prestar a su “patio trasero” una atención que había ido retirando desde que los gobiernos autoritarios de la zona (patrocinados por cierto por éste), dieron a partir de principios de los años ochenta paso al restablecimiento de regímenes democráticos: proceder también históricamente característico por parte de los Estados Unidos sobre América Latina, a saber, la observación minuciosa de los acontecimientos que espontáneamente y, de forma autónoma (ahí está la mayor gravedad), pueden ser óbice para una alteración de los términos en que discurren las actuales relaciones (satisfactorias para el interés norteamericano), en según qué zonas cuya importancia estratégica varía en función de éste último.

Si ha sido loada o significada esta irrupción de la izquierda en Latinoamérica lo ha sido, entre otras muchas cosas, por su llegada al poder a través de la ley, esto es, como opción plenamente democrática que alcanza el poder del sistema desde dentro del propio sistema. Empero, considero que no solo como parte formante del mismo sino además también del discurso que lo ha sustentado desde sus orígenes inmediatos. Veamos porqué. Esta reacción o transformación o cambio es el colofón a un proceso de reajuste político que comenzó cuando los actuales regímenes democráticos consiguieron sustituir a las sangrientas dictaduras que asolaron América Latina entre las décadas de los sesenta y setenta. Dentro de la visión “políticamente correcta” que enaltece los procesos de tránsito hacia la democracia resueltos entonces, la llegada al poder hoy de partidos políticos integrados por muchos de los individuos que lucharon antes y durante aquéllas sangrientas dictaduras (algunos de ellos radicalmente en virtud de planteamientos revolucionarios contrarios al status quo imperante), consigue cerrar definitivamente el círculo en nuestros días. Si las transiciones a las democracias que hoy lideran estos últimos, fueron al inicio procesos enaltecidos desde sectores liberales muy preocupados por acallar las imperfecciones y consecuencias negativas de la reciente democratización latinoamericana, es

ahora el presente quien paradójicamente sitúa en el poder democrático a una alternativa contestataria, antaño muy castigada por sus procedencia y planteamientos. En consecuencia, si antes fue una producción intelectual de signo liberal la que clausuró el pasado en virtud del pragmatismo y la necesidad de paz a que aspiraban los nuevos tiempos, es ahora la historia más inmediata quien lo entierra de forma definitiva y reclama, todavía con más fuerza que aquéllos primeros, la necesidad de un nuevo futuro. No obstante, ese futuro va a depender, y mucho, de una cuestión primordial: que la democracia no continúe vinculada al discurso que hace apenas tres décadas acompañó su nacimiento; un discurso que falseó la realidad y la falseará cuanto sea necesario hipotecando así el porvenir de ésta. Un discurso, insistimos, que se ha ido gestando precisamente en los Departamentos de Ciencias Sociales norteamericanos, con la carga de credibilidad (directa o indirecta) que ello conlleva y que, ha acabado por triunfar de igual modo en un segmento muy amplio y representativo de especialistas en análisis políticos (de hecho, paradójicamente, ha conseguido un estatus de verdad absoluta entre profesionales de reputado prestigio muy influyentes en el espectro de la izquierda o centroizquierda europea)².

El peligro real del citado discurso, no es tanto el que se hayan hecho análisis erróneos del pasado inmediato latinoamericano, cuestión que en términos prácticos poco o nada va a importar a sus ciudadanos lógicamente más preocupados de otras cuestiones básicas (como la del alimento diario en lugar de la especulación mercantilizada que se da en los primeros y segundos mundos), como que esos juicios derivados/descendientes de dicho discurso o lógica se continúen haciendo en el presente y, quien sabe, si también en el futuro. De este modo y por un lado, Latinoamérica seguirá dando lugar de forma natural a fenómenos como el de Chávez, mientras por otro el resto del mundo lo juzga incomprensible y grotesco (a la vez que no juzga tan grotescos otros gobiernos como el de México o Colombia o gran parte de Centroamérica – bien protegidos a la sombra de la visión mencionada por su concordancia con ella-). La democracia es incuestionable en España, Francia, Italia... pero en América Latina, se sigue hablando de consolidación, normalización, etc., lo cual da buena muestra de hasta qué punto no es tan incuestionable en sus propios países (y si no consúltense el rumbo que toman algunas encuestas hechas a la

ciudadanía en los *Latinobarómetros* en cuanto a la preferencia entre autoritarismo y bienestar).

A título personal, reconozco que a veces resulta imprescindible ilustrar las palabras con imágenes concretas, ante la pérdida de contacto con la realidad a que lleva tanta abstracción. Hagámoslo!, sirva como ejemplo de mis anteriores palabras el siguiente fresco.

“El hijo de un prominente prohombre de la política latinoamericana envía a su hijo a estudiar a Europa o Estados Unidos. Allí cursa cualquier master, doctorado, licenciatura, etc., en Ciencias Sociales.

Gastando a lo largo de los cuatro años que dura su formación el presupuesto equivalente con el que cuatro o cinco familias de su país vivirían algún tiempo más (y ahorrándose por extensión el sudor de muchos de sus compatriotas para salir adelante aunque sin papeles en el mismo país), aprende los secretos de la poliarquía de Robert Dahl.

Los secretos de la maquinaria institucional democrática que llegó con la “tercera ola” de Samuel Huntington. Retornado a su país decide ponerlos en práctica.

Empieza en el partido de su padre o, quizás, llevado por un alio de superioridad, el suyo propio. Sin embargo, tanto conocimiento sobre comportamiento electoral o gobernabilidad de nada vale a fin de cuentas porque su democracia nada tiene que ver con la de Dahl, Rustow, Sartori [...], a pesar de que existan igualmente asambleas, partidos, elecciones, libertad de expresión, división de poderes [...].

Aquí son necesarios otros recursos para dominar la dinámica del sistema, para empezar porque dicho sistema ha sido construido de forma diferente a como ha podido entender se expone y, para continuar, porque funciona, respira, también de forma distinta, vinculada a otros condicionantes, factores [...].

Sea como fuere él dispone igualmente de los recursos necesarios (y cuando me refiero a recursos no lo hago exclusivamente de los monetarios porque hay muchos otros tan importantes o más que éstos). Mientras, sus conciudadanos siguen emigrando porque no tienen otro remedio. Resultado: o no aprendió a manejar correctamente la maquinaria política democrática o lo ha hecho muy bien”³.

2. EL “CAMBIO DE TENDENCIA” VISTO DESDE LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE

¿Cuál es la visión que a propósito del cambio de tendencia sostiene este trabajo desde la historia del tiempo presente, al margen como se habrá podido comprobar, del discurso liberal subyacente de la institucionalización de la democracia política en América Latina? Fundamentalmente nos centraremos para este trabajo en el Cono Sur, que es el área acerca de la cual servidor de ustedes está un poco más versado.

Entre las décadas de los años sesenta y setenta las naciones de Latinoamérica en general y, del Cono Sur en particular, llegan a una auténtica encrucijada histórica. En términos de Cavarozzi se habría producido un colapso definitivo de la fórmula de organización político - económica (la Matriz Estado-Céntrica o MEC, dicho abreviadamente) elegida por todas aquéllas y cuya aplicación comienza, aproximadamente, a partir de la década de los años treinta del siglo pasado. En mi opinión, no obstante, lo que puede observarse por las referidas datas es un choque entre los poderes políticos tradicionales, muchos de ellos asentados ancestralmente en la región (y por tanto característicos de la constitución histórica de ésta), una burguesía y una nueva clase media nacidas al calor de la incipiente pero fracasada industrialización experimentada con la sustitución de importaciones, frente a por otro lado, un conjunto de alternativas más o menos radicalizadas, más o menos articuladas en torno a planteamientos socialistas, que persiguen una transformación profunda de sus sociedades, un vuelco completo al status quo dominante donde impera el primer grupo. Esta batalla que desde finales de los años sesenta va *in crescendo* hasta la definitiva intervención de las FFAA se produce, no debemos olvidarlo, dentro del contexto internacional que propone la Guerra Fría. Contexto que se torna determinante para entender la modificación por entonces de la realidad Latinoamérica a partir de la Revolución Cubana. Primero porque es un referente para los integrantes del segundo grupo mencionado, una nueva generación de individuos cada vez más concienciados de los problemas que acucian a sus respectivos países y, en mayor o menor grado, dispuestos a entrar en acción, dispuestos a intervenir en la solución de los mismos en virtud de sus más o menos sólidos proyectos. Segundo porque tiene un gran peso en la

irrupción del actor que dilucidará definitivamente el crítico contexto suscitado: las FFAA. Actor que dilucida una contienda, no olvidemos tampoco porque este dato es muy significativo, que se produce dentro de un contexto interno en el que imperan los marcos democráticos, es decir, que su intervención tanto en Brasil, primero, como más tarde en Chile, Uruguay o Argentina, se da contra sistemas políticos legalmente constituidos. Sistemas en los que el dominio de aquel grupo inicialmente expuesto arriba es evidente, hasta ser incluso utilizado por sus integrantes como plataforma para golpear al contrario (con la excepción quizás del triunfo legal de la vía chilena al socialismo).

A partir de esa irrupción de las FFAA comenzará en todas estas naciones un proceso de doble tránsito, político y económico. En el terreno político y, tras la eliminación y erradicación total del proyecto alternativo introducido por los agentes de aquél segundo grupo (y, lo que resulta todavía más grave, su completa erradicación física), se producirá una restitución “ordenada” o, dicho menos eufemísticamente, condicionada, de la democracia. Restitución condicionada caracterizada, en primera instancia (es decir en cuanto a lo que se conoce comúnmente o “en sentido estricto” por las transiciones políticas) por la imposición de los cauces planteados por los gobiernos militares vigentes para la vuelta a la democracia (véase el caso brasileño o chileno), por el estrepitoso fracaso que ha supuesto la orquestación (o intento de) del propio proyecto político militar una vez alcanzado el poder (véase el caso argentino), o por el impulso positivo de una tradición democrática asentada incluso en el seno de las propias FFAA (léase el caso uruguayo). Vendrán a continuación una segunda fase de consolidación y normalización democráticas en la que el protagonismo de la vida política retorna a partidos políticos de dilatada experiencia en la historia inmediata de la región (estúdiese su protagonismo en los albores de todos aquellos golpes, como representantes de aquel expuesto primer grupo en pugna). En el terreno económico, toma impulso de forma definitiva (queremos decir que en algunos países como Uruguay o Argentina ya había comenzado antes) la reinsertión al mercado internacional bajo los cauces dictados por el neoliberalismo en boga. Una perspectiva con procedencia extranjera (peligro de carácter foráneo al igual que el “fantasma del “comunismo

internacional), que al amparo de organismos como el FMI, BM, etc., sustituye caóticamente a los modelos surgidos de la sustitución de importaciones por otros modelos en los que, generalmente, la producción traslada su protagonismo al sector financiero. Los débiles sistemas de bienestar estatal articulados en el pasado serán sustituidos por un “crecimiento” basado en el endeudamiento progresivo de los Estados, primero autoritarios más tarde democráticos, a cambio de los capitales que prestan los organismos financieros internacionales por continuar bajo la órbita de sus diatribas. La década que pierde América Latina o “década perdida” (década de los ochenta), por su vinculación al mercado internacional dentro del modelo elegido, deja paso a una no menos aciaga década de los noventa. Durante el primer quinquenio de la misma puede comprobarse un respiro en el continuo declive de la economía latinoamericana en comparación con la anterior. No obstante, la diabólica y constante espiral que dicta para la región se retoma acabando por explotar en los estertores del siglo pasado (recuérdense los famosos episodios del “corralito financiero” que afecta toda la región del Plata y que, saca a la calle a nuevos movimientos sociales como los piqueteros, las caceroladas, comedores municipales de asistencia social...).

Dentro de esta dinámica marcada por el referido doble proceso, dentro de la lógica histórica que, en mi opinión, sigue desde entonces América Latina, objetivo el cambio de tendencia que en los últimos tiempos ha sufrido la región como el último capítulo de la misma, con el último episodio descendiente de la misma.

Entender el “cambio de tendencia” del que partimos para acometer toda esta reflexión en la clave mencionada conlleva, por consiguiente, que se la piense contaminada, condicionada, obligada por las circunstancias del proceso de doble tránsito más general en la que se la encuadra a mi modo de ver. Influida, en definitiva, por las particularidades que dicho marco le traslada. Pero, ¿cuáles son entonces esas peculiaridades?

¿Cuál es la inercia, si se prefiere, que debe afrontar ese cambio de tendencia en función de su historia reciente? En definitiva, ¿con quién convive o en qué contexto se da ese cambio de tendencia que analizamos? Veamos a continuación un pequeñísimo recuento de algunos factores.

Del lado político, pienso, puede observarse la perniciosa persistencia del protagonismo de las FFAA en la vida política de la región. Protagonismo que va incluso más allá, porque suele seguir estando vinculado a un espectro nacional identificable de intereses políticos, es decir, rebasa los límites de su influencia corporativa en determinadas ocasiones para ser herramienta amenazante de algunos colectivos representativos. Por no mencionar la condición de “cantera” que poseen éstas en cuanto a la fabricación de “outsiders” que tras abandonar su status castrense irrumpen en la arena política como líderes partidarios (casos venezolano, ecuatoriano, peruano...). Si este protagonismo de las FFAA en las democracias latinoamericanas ya es en sí un factor que teje diferencias notables respecto a otros entornos (véase el caso de Europa donde, efectivamente, sí parece haberse conseguido la completa sumisión del poder militar por parte del poder civil), no lo llega a ser tanto la impunidad de sus actividades criminales desarrolladas en el pasado cercano. Es decir, muy pocos reproches se le pueden destinar desde España, Grecia, Turquía, Rusia..., etc., etc., a chilenos, uruguayos o argentinos en lo que respecta a la impunidad de sus pasados regímenes militares, por cuanto las democracias de estos últimos se han asentado sobre idénticas bases. No deja de resultar irónico, por ejemplo, que sea un juez español quien haya desencadenado una verdadera cruzada internacional contra los crímenes de *lesa humanidad* perpetrados por la dictadura pinochetista, cuando existen todavía cientos de asesinos sueltos por semejantes acciones en nuestro propio país⁴.

Un segundo aspecto derivado de ese tránsito político mencionado ha sido la readaptación al marco democrático de poderes informales muy poco compatibles, en esencia, con el buen desarrollo del propio sistema político. Si las FFAA simbolizan no solo el reciclaje a un nuevo marco de los poderes tradicionales en sus respectivas regiones, sino también su protagonismo activo en él, tampoco debe obviarse la existencia de otros actores de nuevo cuño, desde el espectro legal o ilegal.

En el primero podemos situar a las oposiciones que en Bolivia o Venezuela ejercen poderosos núcleos económicos materializados incluso en voces disonantes con la dirección política allí ejercida. En el segundo, colectivos paramilitares crecidos al calor de conflictos inherentes al tránsito hacia la democracia (tránsito que se

yuxtapone a un proceso paralelo de pacificación, véanse los casos centroamericanos y también los derivados de la desintegración del comunismo en Europa del Este).

Un último aspecto a destacar del contexto democrático latinoamericano en el que se inscribe el reciente cambio de tendencia, es la debilidad y pesadez de sus instituciones rectoras. Instituciones a las que se acusa de ineficacia. Sin embargo, cuidado, los expertos en Ciencias Políticas deben medir muy bien a qué tipo de ineficacia se refieren porque, existen grupos muy minoritarios de población que no estarán muy de acuerdo con ese calificativo. Esto es, cuando se habla de ineficacia institucional en América Latina, debemos acompañarla de las preguntas respecto a qué y respecto a quién/es. En mi opinión, las instituciones siguen siendo aquí más un polo de poder, más una recompensa, un tesoro, a repartirse entre determinadas clases que, centros de articulación, gestión o ejecución de medidas que reviertan en el grueso de la ciudadanía. Su descrédito no es impersonal, desde luego, otro de los errores que intencionada o no intencionadamente se siguen cometiendo desde los centros de análisis especializados. Así, no debería hablarse tanto de una falta de confianza ciudadana respecto a su Asamblea Nacional o su Sistema Judicial, pongamos por muestra. Porque éstas no son sustancias etéreas. Debe hablarse, en efecto, de los hombres que integran la “Asamblea Nacional” o el “Sistema Judicial”. Y aquí entramos en un apartado vital dentro de las democracias latinoamericanas, hablamos lógicamente de la corrupción de los hombres que en menor o mayor escala integran estos poderes (el ejemplo del PT de Lula es muy ilustrativo al respecto por su proximidad). Alguien podría objetar, con acierto, que la corrupción es un mal endémico de la región, característico, histórico. Bueno, puede que sea cierto pero, en todo caso, cabría decir que, la capacidad de acceso a los centros de poder institucional suele estar reducida solo a unos pocos, relacionada con segmentos sociales concretos (cuestión igualmente “histórica”). Con lo cual entramos dentro de la segunda vertiente de aquella doble transición, la económica.

Y es que esa parte del doble tránsito tejido desde entonces es la que se ocupa, cada vez más en el presente, de profundizar el abismo que divide a los ricos de los pobres. Mucho de ello se debe a que dentro de semejante tránsito se dio enorme prioridad a apartar al Estado como actor vital de

un modelo económico inviable más que para una minoría que, se hace fuerte en progresión aritméticamente opuesta a la del resto de población (es decir cada vez es mayor el número de los muchos que tienen menos y menor el número de los que más tienen). De hecho, el Estado en América Latina, no sirve ni, como en algunas naciones europeas de rancio abolengo democrático, para articular un binomio estable entre capitalismo y democracia gracias a la existencia de un Estado del bienestar potente (asociación que beneficia a ambos arriba enunciados y, en definitiva, al conjunto de la nación); ni mucho menos como árbitro del libre juego económico, a imagen de los casos anglosajones por ejemplo, porque es una herramienta utilizada a favor de intereses definidos, perjudicando por completo al conjunto de la economía. En resumen, el Estado en América Latina, no es un foco generador de políticas sociales adecuadas o interesantes (incluso desde el punto de vista económico); tampoco impulsa o motiva el impulso de estrategias productivas beneficiosas para el curso económico y, ni mucho menos aún, hace que se respeten las reglas de juego básicas en el mencionado terreno (lo cual resulta perjudicial para el propio aparato estatal que entre otras cosas y por ello no capta una parte importante del excedente a él destinado).

Concluyendo, si comparamos la historia contemporánea reciente de América Latina con otras regiones del primer mundo, esto es, si ponemos en común ese doble tránsito que he mencionado característico en la historia reciente del subcontinente respecto al desarrollo histórico durante el mismo lapso temporal de otras naciones representativas desde el punto de vista económico, puede observarse la distinta relevancia que en unos y otros casos ha tenido el papel del Estado dentro del juego de la “libre economía” capitalista. Papel que repercute, no sólo en lo tocante al funcionamiento interno, sino también en cuanto a la articulación general del área, véase el caso del MERCOSUR respecto al de la CEE.

3. EL CAMBIO DE TENDENCIA COMO EPISODIO RUPTURA DE UNA ESCASAMENTE PROMETEDORA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE

He expuesto bajo que circunstancias y en qué contexto, bajo mi punto de vista, se opera el cambio de tendencia acontecido en América

Latina. De todo lo cual cabría concluir, también a mi modo de ver, lo siguiente:

El cambio de tendencia en América Latina debe comprenderse dentro de una dinámica histórica ciertamente adversa que de no ser transformada radicalmente diluirá el efecto de aquélla hasta hacerla desaparecer completamente. Hay además un riesgo evidente en esto: la enorme esperanza y expectativas que para un grueso considerable de población ha causado su llegada. Estaríamos, por ende, ante una prueba de fuego para comprender el nacimiento de otra “América Latina”. Aprovechando semejante esperanza han alcanzado el poder los gobiernos que quieren representar un giro en cuanto al modo de hacer política en la región. Empero ese giro, tal nacimiento, sólo será plausible si traspasan la frontera de las palabras llegando al territorio de los hechos. De no hacerlo, la izquierda latinoamericana quedará reducida a un comportamiento demagógico que la desacreditará a sí misma como opción política de futuro en el largo plazo.

Con el concepto transformación radical no me estoy refiriendo a una previsible reacción revolucionaria pero sí, como mínimo, a la revalorización o replanteamiento del término democracia, cuestión a la que la propia realidad histórica latinoamericana ha conducido. Para todos aquellos que consideran la democratización en clave “poliárquica” sólo podemos recomendarles que estudien la historia inmediata de países en los cuáles dicho proceso ha tenido un mayor éxito, observando en tal democratización la importancia del factor socioeconómico (el español, por ejemplo, auténtico referente de la “tercera ola”). Y si todo ello aún les sigue despertando dudas que estudien los casos más paradigmáticos de democratización en la era contemporánea (el francés, el inglés o el norteamericano – o entre ambas oleadas, primera y segunda, los exitosos modelos escandinavos-), y relacionen el mencionado factor con los problemas de “estabilidad” o “governabilidad” democrática que tan a menudo se asocian con la realidad latinoamericana haciéndola aparecer a ojos vista del mundo avanzado como una región de bárbaros.

Un actor vital en ese proceso de doble tránsito dentro del cual se produce el cambio de tendencia y que, no ha sido enunciado más que en contadas ocasiones al principio de la exposición es, lógicamente, los Estados Unidos.

Perniciosa influencia que, no han sufrido otros entornos en lo relativo a su democratización reciente o, reciente readaptación al sistema económico internacional, América Latina sigue sin poder entenderse al margen de la participación, a veces más evidente otras menos, de su gigantesco hermano del Norte. En términos de relaciones internacionales, de hecho, la escenificación de la “tercera ola democratización” significó lo definitiva victoria de un mundo libre liderado por los Estados Unidos. La victoria definitiva de la democracia o el “fin de la historia” como otros se apresuraron en celebrar, otorgó el liderazgo definitivo del mundo a la potencia norteamericana tras la desintegración de su enemigo más acérrimo después de la Segunda Posguerra Mundial, la Unión Soviética (capítulo más importante dentro de esa “tercera ola”). Pues bien, en lo que a América Latina atañe, a menudo se ha hecho un esfuerzo evidente desde los centros de análisis especializados en restar credibilidad a las denominadas teorías “dependentistas”. No obstante, obviando el área de los lazos internacionales, diplomáticos, la “política de las cosas”, la política concreta que pueda articularse en el subcontinente, sigue chocando habitualmente casi a cada paso con los intereses norteamericanos. Recomendamos a todos aquellos que lo duden que, se den una vuelta por América Latina, un par de semanas quizás basten, para percibir como a diferencia de en sus países, esta región debe contar con el beneplácito estadounidense casi para todos y cada uno de sus pasos (y no digamos para los más relevantes). Sin llegar a tener una participación tan perjudicial como en Oriente Medio (por poner un ejemplo actual sin citar casos africanos o asiáticos), los Estados Unidos continúan siendo un factor de distorsión política y económica, democrática en general, dentro precisamente de un mundo democrático que se empeñan en liderar al golpe de fuerza que dictan sus intereses. Si para esta reflexión que hemos ofrecido tomamos como plataforma de cara a la elaboración del análisis los casos localizados en el Cono Sur, obsérvese en cuanto al área centroamericana cuál ha sido el rumbo adquirido durante las mismas cotas asimiladas con el doble proceso de tránsito enunciado, a pesar de que dicha región no haya sido tocada fundamentalmente por el “cambio de tendencia”.

De hecho la participación norteamericana en esa historia reciente es un buen factor explicativo de por qué ninguna tendencia puede cambiar allí.

A mi modo de ver en América Latina solo podrá hablarse de cambio de tendencia cuando se orqueste una permuta en dos niveles, dos niveles por supuesto, en los que los verdaderos protagonistas deben ser los hombres. En el primero, un plano más institucional, resulta necesaria una gestión más racional, seria, social y ética. El caso chileno es el ejemplo que, dentro de la historia actual, más se aproxima a lo que intento decir en este aspecto. Ha intentado utilizar los intereses más fuertes de cara al beneficio global de la economía. En lugar de enfrentarlos con un grueso de población desfavorecida viene persiguiendo que reviertan positivamente para el progreso de ésta. Además de haber establecido estrategias sociales orientadas también a una reproducción adecuada, es decir, fomentando políticas sociales activas, no pasivas. Los políticos que han personificado su “cambio de tendencia” son poco dados a grandilocuencias demagógicas, ajenos a las sempiternas extravagancias del típico estereotipo latinoamericano relacionado con el hacer política. Los casos de corrupción en los que se hayan podido ver implicados no son en nada comparables a los brasileños, argentinos, etc. Dos aspectos que constatan su buen hacer son las recientes acciones de la justicia frente a la figura de Pinochet sin haber dado pie todo ello a un desequilibrio o grave crisis en el sistema; otro la sangría menos abundante de emigrantes que abandonan continuamente el país en contraste con el resto de naciones vecinas.

Si en el primer nivel mencioné a los hombres encargados de hacer política, en un segundo capítulo no menos importante encuadraría el problema de la falta de cohesión social entre diferentes segmentos. Es cierto que el mercado, que las potencias internacionales, etc., perjudican el crecimiento democrático de América Latina. No obstante, hay otra “vena abierta” en Latinoamérica que la perjudica tanto o más que posible causas relacionadas con el exterior. Mientras de cada diez habitantes, uno o como mucho dos, pueda despilfarrar cientos de dólares anuales en su portátil japonés, sus estudios norteamericanos, sus vacaciones europeas, etc., etc., al tiempo que los otros ocho carecen de sanidad, educación, trabajo..., no es un buen modo de fomentar ni crecimiento ni democracia (pudiendo ser ambos son factores complementarios y no excluyentes). Demasiado civilizado, demasiado loable es ya de por sí el comportamiento de una mayoría sin derechos de ningún tipo en América Latina, frente a otra

minoría a la que, encima, sólo interesa una parte concreta del Estado de Derecho: la seguridad que pueda trasladarle éste en relación a esa mayoría (sígase el ejemplo colombiano al respecto). El arco que puede establecerse de las clases medias a las altas en América Latina simboliza una minoría muy perjudicial para el subcontinente. Y si no varía su actitud ni la de los políticos que la representan, no les quedará otro remedio que seguir apostando cada vez más por la seguridad que les salvaguarde desde sus *ghettos* o, directamente, por emigrar también junto a otros que lejos de renunciar a sus privilegios no los tienen directamente. Situación curiosa dentro de la emigración latinoamericana: una minoría poderosa coloca miles de millones de dólares anuales en el exterior para financiar sus caprichos frente a otra mayoría perjudicada que sale del país a duras penas enviando lo que puede a sus países después de trabajar de sol a sol. La diferencia entre ambos resulta inapreciable en nuestro primer mundo avanzado. Aquí el cambio de tendencia lo dicta la imagen.

NOTAS

¹ Sería necesario especificar que, los integrantes del cambio de tendencia en sí, es decir, todas aquellas fuerzas políticas arriba mencionadas que pueden caracterizarse como de izquierdas, poseen un componente de moderación importante. Aspecto que no parece estar muy en la órbita de los últimos tres casos expuestos (Cuba, Venezuela y Bolivia), aunque sean igualmente protagonistas de un “giro a la izquierda” en América Latina (valor al que equivale realmente el concepto de “cambio de tendencia”), pero desde posiciones, teóricamente, más extremas.

² Por si existen dudas, cuando hablo del discurso inherente a la reciente democratización latinoamericana, vinculada a ella desde sus inicios y, en cuya etapa actual se asientan estos gobiernos, me refiero de partida al análisis “transitológico” o “genético”, en términos científicos, de aquellos procesos históricos. Discurso que enfatiza la actividad de la negociación estratégica por parte de las élites políticas para conducir a un pacto con las fuerzas autoritarias salientes para la institucionalización de la democracia, para el cambio democrático.

³ Con esta nota ilustrativa, quizás un poco absurda lo admito, pretendo aclarar que la visión estratégica (plataforma, base, primera expresión del discurso ideológico al que me refiero) de los procesos de democratización en América Latina celebrados durante la “tercera ola”, falla en sus bases más primarias. Lo hace, a mi juicio, porque no busca una comprensión del proceso de construcción de los diferentes sistemas democráticos latinoamericanos en la historia reciente, sino lecciones acerca del arte de

la negociación política por parte de eminentes líderes. La insistencia en la aplicación de un enfoque analítico “occidentaloides”, etnocéntrico o como se prefiera, sobre una realidad que no discurre por los mismos cauces que en el “primer mundo” originan este punto de vista, tiene dos consecuencias graves a mi juicio. La primera, es que sigue imponiendo una visión científica que no concuerda, que no es práctica u operativa en la realidad política latinoamericana, que la desentiende. La segunda, que bien podría ser aún más probable, es que pretenda entenderla desde el punto de vista de las “naciones avanzadas”, otro rasgo histórico que se impone desde el poder hacia naciones con un rol secundario. En definitiva, este sería un buen ejemplo, en mi opinión, de que las naciones avanzadas o no entienden o, lo que es peor, no tienen interés alguno en entender, a las menos desarrolladas (al margen de que afecte directamente a sus propios propósitos).

⁴ A pesar de que conozcamos que el procesamiento de Pinochet, presumiblemente, se ha podido desencadenar por circunstancias concretas muy distintas. Primero, el mayor peso específico de las naciones denunciadoras (o que han servido de plataforma para la denuncia) respecto a la denunciada. Y segundo la persecución por parte de los Estados Unidos tras el 11 de septiembre, de los fondos que financian el terrorismo internacional, investigación que llevó a destapar la trama de corrupción en la que se veía involucrado el ex -dictador chileno junto a poderosas entidades financieras (diremos también internacionales, como el terrorismo, porque el dinero sí suele estar al margen de tales consideraciones jurídicas, siempre es un emigrante legal).